

no sería la comparación de sus efectos con los amargos frutos de cisma griego.

En segundo lugar, es manifiesto que una vez rota la unión y abandonada la Iglesia Católica, cayeron los griegos en profundísimas tinieblas de ignorancia, lo cual contrasta tristemente con el glorioso pasado en que fué Grecia ilustre cultivadora y maestra de las ciencias y de las artes: ¡Cuántos varones doctísimos dió ella! ¡Cuántas lumbreras en todo género de doctrina! mas, desde el año mil, apenas puede citarse uno con alabanza en el espacio de 600 años, sobresaliente en algún género de las artes buenas; hállese tan sólo algunas medianías. Los griegos poseían todos los tesoros de la antigüedad, cuya pérdida lamentamos hoy; sin embargo, ¿qué fruto supieron sacar de ellos? Atravesaron los siglos sin saber salirse del surco de las antiguas ideas; para ellos la filosofía se resuelve en acaloradas disputas, la historia en biografías y en leyendas; jamás hicieron aplicación de ella; como si la ciencia se envileciese descendiendo á la práctica! ¡como si quisieran demostrar cuán inútil es saber lo que dijeron y pensaron los más grandes genios, cuando no se tienen el talento ni la energía necesarias para escribir y pensar por sí mismos! Apenas se halla allí ninguno medianamente erudito; si alguno quiere alcanzar la ciencia, vála á buscar á Roma en el colegio que para educar á los griegos erigió Gregorio XIII. Mas; qué tiene de admirable la ignorancia de los griegos, cuando tienen preceptuada la elección de los obispos de entre los monjes, á quienes está prohibido bajo excomunión, cualquier estudio de filosofía? Así Bozio.

El deplorable estado de la moral entre los cismáticos añade todavía las más tristes pinceladas y fatídicos colores á la infausta tela de la Iglesia griega. ¡A cuán profunda simonía han venido á caer las dignidades, que se pierden ante un nuevo postor de mayor precio! No queremos hablar de la autorización de los repudios, con que rompen los indisolubles lazos del matrimonio mientras los paran á toda liviandad; confesamos de buen grado que las nobles señoras cultivan esmeradamente el pudor; pero la generalidad de las griegas muéstranse tan venales, que apenas si reputan falta el vicio impuro, como tuvo que hacerlo constar el doctísimo Padre Possevino legado allí de Gregorio XIII. Ni son menos deplorables